

29. *Museo N.º*

GALERÍA LITERARIA.—MURCIA Y MARTÍ, EDITORES.

LAS MARAVILLAS  
DEL  
NUEVO MUNDO

AVENTURAS DE UNA EXPEDICION CIENTÍFICA

por el Atlántico, las Pampas Argentinas,  
los Andes, Chile, el Océano Pacífico,  
las Tierras Australes, la Tierra del Fuego, la Patagonia,  
el Paraguay y el Gran Chaco.—Cacerías y pescas  
interesantes, carácter y costumbres  
de los indígenas, etc., etc.

RELATADAS POR  
ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.

Entregas 9, á 16.

MADRID:

ADMINISTRACION DE LA GALERIA LITERARIA,  
Colegiata, núm. 6.

1875.

L47  
4173

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

LAS MARAVILLAS

DEL

NUEVO MUNDO

DESCUBIERTO POR UNO DE LOS GRANDES

HEROES DE LA HUMANIDAD. CRONICA DE LOS  
DESCUBRIMIENTOS Y CONQUISTAS DE  
COLUMBO Y CORTES EN EL SIGLO XV

CON UN MAPA

DE LAS ISLAS Y CONTINENTES

DE LA EDICION DE 1845

MEXICO

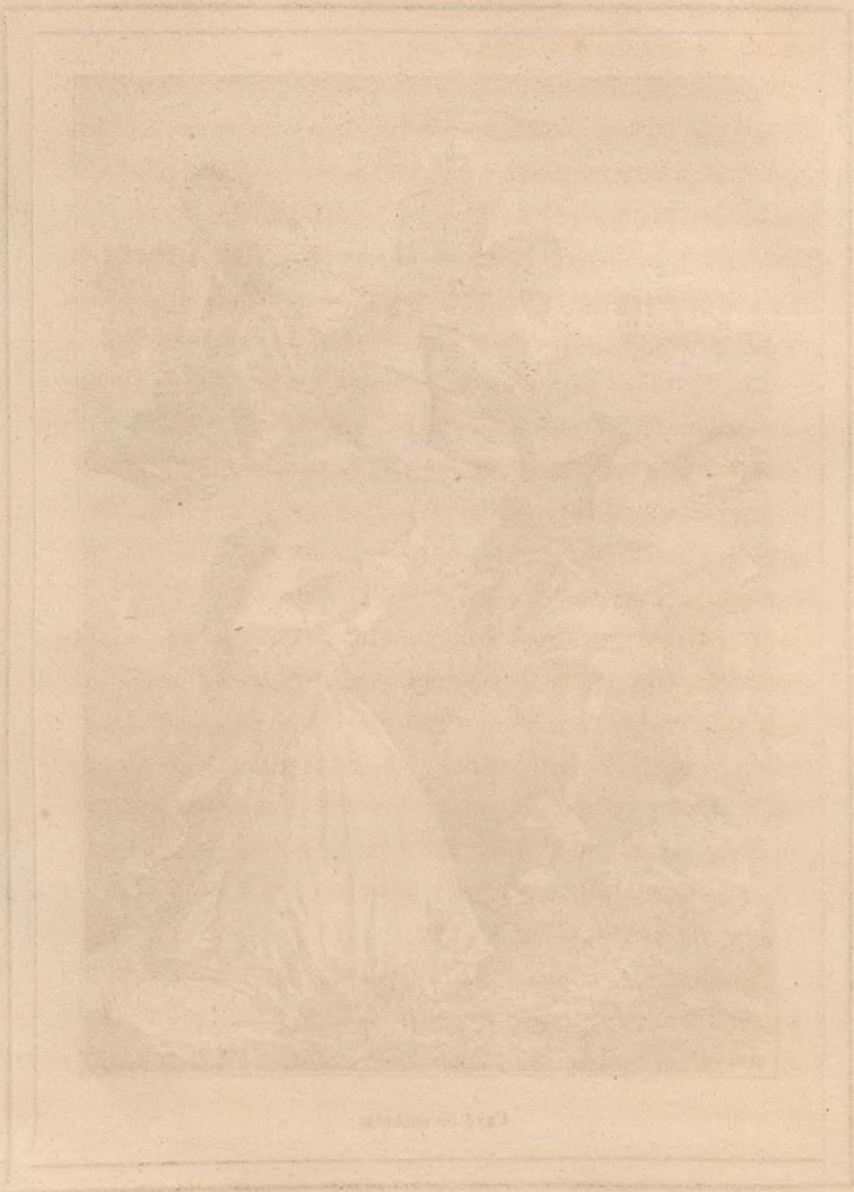
EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

1877



Cayó de espaldas.

WILLIAMS  
PRINTERS  
LONDON



1850

LIBRARY  
MICHIGAN  
UNIVERSITY

aunque de una manera muy lenta, iba abriéndose paso á través de sus costumbres salvajes.

Aunque la situacion de ánimo de nuestros amigos no era la más á propósito para que el doctor se entretuviera en estudios antropológicos, el digno sábio no pudo menos de decirse que aquellos indigenas pertenecian en su mayor parte á la familia pehuenche, hallándose tambien algunos que dejaban ver los caracteres distintivos de los uacas. Eran, pues, de buena estatura, de formas atléticas, de color aceitunado y de facciones algo afeminadas; tenían la frente alta y combada, el rostro casi circular, los lábios delgados, los ojos pequeños, la nariz algo deprimida y los cabellos largos, negros y ásperos. Vestian exactamente como Meli-Antú, y todos llevaban á la cintura un ancho cuchillo.

Meli-Antú indicó al doctor que seria conveniente se presentasen al jefe y le hicieran algun regalito, á fin de captarse sus simpatías y de inspirarle confianza; y dejando las galeras al cuidado de Mingo y de los mozos, el doctor, Paco y Sir Ricardo, acompañados del marinero, que llevaba una docena de botellas de aguardiente y dos piezas de percal encarnado, y guiados por Meli-Antú, se dirigieron á la cabaña del jefe.

Era esta algo mayor que las demás de la toldería y estaba situada en medio de la aldea, extendiéndose ante ella una especie de plaza. El jefe, que era hombre de unos cuarenta años, alto, robusto y de expresion grave y benévola, recibió á nuestros amigos con toda la cortesía de que era capaz y se mostró muy reconocido cuando el marinero le hizo entrega de los percales y de las botellas.

*Severidad y abando*

En seguida Meli-Antú, en un discurso lleno de esas grandiosas imágenes tan usadas por los indios, le refirió que aquellos extranjeros le habian salvado la vida, prodigándole los más solícitos cuidados mientras estuvo herido; que habian sido atacados la noche anterior por una cuadrilla de rastreadores, conducidos y capitaneados por un gaucho, antiguo servidor de los viajeros, y que éste habia podido robar á una de sus señoras, precisamente á la más jóven, á quien llamaban *la niña*, porque era muy cariñosa y muy amiga de los indios.

El jefe escuchó atentamente la larga improvisacion del agradecido indio, y cuando éste concluyó, ofreció á los viajeros su ayuda y la de todos sus súbditos para encontrar y rescatar á la prisionera. Les dió las gracias por los socorros que habian prestado á Meli-Antú, y puso á su disposicion una espaciosa cabaña situada precisamente enfrente de la suya. El doctor rehusó cortesmente este último ofrecimiento, aceptando sin embargo el primero, é iba ya á retirarse con sus amigos, cuando el jefe manifestó que queria ir á recibir á la señora.

Salieron, pues, todos de la cabaña, dirigiéndose al punto donde esperaban sus compañeros, y cuando estuvo en presencia de Aurora, el jefe la cogió una mano, la puso sobre su pecho, y concluyó por ofrecerla hospitalidad en su misma cabaña.

Aurora le escuchó sonriendo con tristeza, le dió las gracias, y despues de estas formalidades, la caravana penetró en la aldea.

Poco despues algunas partidas de indios, ginetes en caballos veloces como el viento, salian de la aldea á todo

escape, con órden de averiguar la direccion seguida por el gaucho, alcanzarle, salvar á Cármen y traerla á la toltería. No era esto difícil, si se tiene en cuenta que la llanura estaba poblada de pastores indios de la aldea en una extension bastante considerable y que indudablemente algunos habrian visto al gaucho en su fuga. Por otra parte, los indios y los gauchos no están generalmente en la mejor armonía, y no era imposible que, si Cármen habia gritado pidiendo socorro, algunos indígenas hubieran acudido en su auxilio, sacándola del poder de su raptor. Esto ha sucedido varias veces y tambien podia suceder en aquella ocasion. Téngase en cuenta, sin embargo, que no todos los indígenas proceden con tanta nobleza: generalmente solo obran así los pehuenches y los tehuelts, tribus de costumbres naturalmente pacíficas y en las cuales va penetrando lentamente la civilizacion, en tanto que los poyuches y otras tribus pampeanas se distinguen por su ferocidad y su aficion al robo y á la rapiña.

## CAPÍTULO VIII.

### Los indios generosos.

Aurora penetró en la cabaña habitada por la familia de Meli-Antú, cuya mujer se puso inmediatamente á sus órdenes, ofreciéndola cuanto puede ofrecer una india. Allí encontró la jóven un buen lecho de pieles, perfectamente limpio, y despues de tomar una taza de mate que la amable india la sirvió, trató de buscar el sueño que los sucesos de la noche anterior la habian robado.

Meli-Antú era uno de los indios más influyentes y considerados de la aldea; poseia innumerables ganados, y su profesion de baqueano, que le ponía en frecuentes relaciones con los blancos, le habia permitido surtir su cabaña de ciertos utensilios cuyo uso era generalmente desconocido entre sus compañeros. Su familia se componia de su mujer y seis hijos, todos varones, de los cuales el mayor tendria unos diez años. El doctor repartió á los chicos algunas galletas, con lo cual se granjeó las sim-



patías de la madre, y Meli-Antú hizo degollar un carnero y matar algunas gallinas con el fin de obsequiar á sus huéspedes de una manera conveniente.

Como la cabaña, aunque bastante espaciosa, no era, sin embargo, capaz de albergar bajo su techo á todos los expedicionarios, el doctor hizo que cerca de ella se levantase la tienda, colocándose las galeras bajo un cobertizo de ramas y dejando al ganado en libertad de pacer, mezclado con los rebaños de Meli-Antú.

Después de haberse instalado con la comodidad posible, los viajeros hicieron honor á un almuerzo servido por la mujer del indio y compuesto de un jigote de carnero, peces del lago asados y riquísimas tortas de maíz, y realzado con algunas gotas de *chichi*, bebida de maíz fermentado, muy apreciado por los indios. El pobre indígena obsequiaba á sus bienhechores de la mejor manera que le era posible, y esto dió lugar á una curiosa reflexion de Sir Ricardo.

—He reparado, —dijo,—que los indios ejercen siempre la hospitalidad con un desprendimiento y un desinterés superiores á los de los hombres civilizados, y esto me prueba que la mayor parte de las acusaciones que se lanzan sobre ellos son calumnias inventadas por sus enemigos ó por algunos viajeros de conciencia ancha. Lo que aquí veo me convence de ello, y si los blancos adoptasen una conducta más noble y generosa en sus relaciones con los indígenas, es seguro que estos perderian muy pronto sus costumbres salvajes y abririan al progreso las puertas de sus cabañas.

—Siempre he creido lo mismo, —contestó el doctor,—y

esto se deduce naturalmente de los hechos históricos. Los blancos se han creído siempre seres muy superiores á estos pobres indígenas, y ya en sus primeros tratos con los indios dejaron comprender cuál sería su conducta posterior. Contrayéndonos á América, basta mencionar las crueldades ejercidas en el Perú por Pizarro y los vireyes que le sucedieron, y en los tiempos modernos la guerra de exterminio hecha por el dictador Rosas á los indígenas de las Pampas; y si pasamos á otros países, vuestro amor propio de inglés no os impedirá conocer que el sistema seguido por las autoridades británicas con los indígenas de Nueva-Zelanda, de Australia y del Indostan no es ciertamente el más acertado para ganarse sus simpatías y atraerlos á las costumbres de los pueblos civilizados. Bajo este punto de vista, los misioneros jesuitas del Paraguay fueron los únicos que supieron proceder con acierto y prudencia, y prueba es de ello el considerable número de indios que, en los últimos tiempos de su dominación, poblaban los establecimientos agrícolas por ellos administrados.

En aquel momento el capitán terció en la conversación.

—Amigos míos,—dijo,—el tiempo pasa, nada hacemos por Cármen, y en tanto su infame raptor...

Meli-Antú, que se hallaba á poca distancia y había oído las palabras de Paco, se acercó y dijo que hacia ya hora y media que muchos indios de la toldería habían salido en persecución del gaucho, siendo probable que en aquel instante habrían encontrado ya su pista.

—Nuestro jefe,—añadió,—tiene un gran interés en

salvar á la niña, y si el gaucho cae en nuestras manos pagará su traicion con la vida.

—¿No seria conveniente,—dijo el marino,—que montásemos á caballo....

—Esperad,—contestó el doctor;—aún no sabemos hácia dónde dirigirnos.

—Es inútil que os incomodeis,—repuso sonriendo el indio;—nuestras medidas están bien tomadas y el gaucho no podrá escapar; sin embargo, apenas se encuentren sus huellas, uno de mis hermanos volverá á escape á la tolдерía, y os dirá la direccion que ha tomado el gaucho.

El marino, tranquilizado por estas palabras, dominó su impaciencia, y dió cabida en su corazón á la esperanza al oír decir á Meli-Antú:

—La niña dormirá esta noche bajo mi techo.

El doctor quiso participar á Aurora las seguridades dadas por el indio; pero la jóven dormia y el digno sábio creyó conveniente despertarla.

Se la dejó, pues, descansar, y los tres viajeros, acompañados de Mingo y de Meli-Antú, se dedicaron á visitar la aldea, en tanto que llegaba alguna noticia.

Ocupaba la tolдерía una posicion hermosísima, dando su frente al lago, en tanto que por su lado derecho se deslizan las rojizas aguas del Colorado; la rodeaban numerosos árboles frutales, algunos de procedencia europea, viéndose entre ellos melocotoneros, manzanos y cinamomos, y como antes hemos dicho, á poca distancia habia tambien algunos campos labrados en los que crecian hermosas hortalizas.

Habia unas cien cabañas, más fuertes y espaciosas

unas que otras, si bien todas se componian de ramas y bá-lago, ocupadas cada una por una familia. El marino se sorprendió al ver el extraordinario número de chiquillos que pululaba en la aldea, y se lo hizo notar al doctor, que contestó:

—Esto no debe extrañaros, querido; según la estadística, en las comarcas argentinas deben contarse, por término medio, nueve hijos por familia, é indudablemente este número irá en aumento tratándose de las familias indias.

Visitaron después las orillas del lago, que, según las noticias de Meli-Antú, era un verdadero depósito de peces riquísimos y de esquisitas tortugas, y una vez visto todo volvieron á la cabaña.

En aquel momento se apeaba ante ella un indígena cubierto de polvo y de sudor, cuyo caballo, chorreando blanca espuma, demostraba haber dado una larga carrera, y corriendo á él los viajeros, le preguntaron qué noticias traía.

El mensajero contestó que se habian encontrado las huellas del gaucho, las cuales se dirigian al Oeste, deduciendo de ello que intentaba ganar los pasos de la cordillera para pasar tal vez á Chile; que llevaba sobre sus perseguidores una ventaja que no pasaba de cuatro horas, que era posible que algunos de sus compañeros pudiesen cortarle el paso, pues habian partido en una línea más occidental, y que de todos modos, no habia la menor duda de que antes que llegase la noche el gaucho y su prisionera habrian caido en poder de sus perseguidores.

Paco, que era el más impaciente, y por consecuencia

el mas desconfiado, hizo alguna objecion; pero el mensajero, sonriendo á su modo, contestó:

—No abrigues temor, noble blanco; los caballos de mis hermanos vuelan....

—Y por otra parte,—añadió el doctor,—cuando se trata de un indio y de un gaucho, nunca está de parte de éste la ventaja.

El mensajero se retiró para presentarse á su jefe y darle cuenta de su mision, y los viajeros entraron en la cabaña á fin de participar á Aurora las noticias traidas por el indígena.

La jóven acababa de despertar: se la puso al corriente de lo que habia, con lo que se tranquilizó un poco, y los viajeros, accediendo á las instancias de Paco, se dispusieron á montar á caballo.

—Es un trabajo inútil,—dijo Meli-Antú;—probablemente cuando vosotros llegueis el gaucho ya estará cogido.

—No importa,—dijo el marino.

El doctor creyó conveniente participar al jefe su resolucion y éste se manifestó dispuesto á acompañarlos.

Dejóse, pues, á Aurora guardada por los mozos y confiada á los cuidados de la india, y los tres viajeros con sus dos guias y el jefe salieron á escape de la aldea, guiados por el indígena que habia servido de mensajero.

Eran las once de la mañana: los caballos corrian con la velocidad de un vendabal, y dos horas más tarde, siguiendo una línea más occidental que la seguida por la caravana, habian encontrado las huellas de los que perseguian al gaucho.

Guiados por ellas, avanzaron por la llanura, ensan-

grentando con sus espuelas los ijares de los caballos, cuando vieron venir á su encuentro un indio, en quien, á pesar de la distancia y de la rapidez con que corria, reconoció el jefe á uno de los que por la mañana habian salido de la aldea.

En pocos minutos se reunieron á él, preguntándole el jefe:

—¿Y la señora?

—Salvada,—contestó jadeante el indio.

—¿Y el gaucho?

—Muerto.

—Ha pagado su traicion,—dijo el jefe;—¿dónde está la señora?

—En un rancho de pastores, á tres leguas de aquí,—contestó el indígena;—la hubiéramos llevado á la tolde-  
ría; pero necesitaba algun descanso...

—Guíanos,—dijo el cacique.

El indio volvió riendas, siguiéndole todos con una rapidez maravillosa.

Hora y media duró la carrera: al cabo de este tiempo el guia se detuvo delante de una especie de cobertizo, en torno del cual habia varios indígenas.

El doctor reconoció en uno de ellos al que el dia anterior le habia vendido el queso: los demás eran los compañeros del que los habia guiado.

Allí estaba Carmen, durmiendo tranquilamente sobre un lecho de pieles y yerba seca.

El galope de los caballos la despertó, se incorporó asustada, volvió sus ojos á la entrada del cobertizo y lanzó un grito de júbilo.

Paco habia aparecido en la puerta y la jóven se arrojó en sus brazos.

Inútil es que intentemos describir la escena que entonces tuvo lugar: los dos amantes lloraban de alegría, y los que los miraban, hasta los mismos indios, parecian conmovidos.

Despues de los primeros trasportes de júbilo, Cármen preguntó:

—¿Y Aurora?

—Aurora se encuentra en la aldea, guardada por la mujer de Meli-Antú,—contestó el doctor.

—¡Pobre hermana mia! ¡cuánto habrá llorado por mí!—dijo la niña.

—Es natural; y á pesar de que la hemos hecho adquirir la seguridad de que sería salvada, aun está bastante intranquila. Creo, pues, que debemos volver cuanto antes.

—Sí, sí, vamos,—dijo la jóven.

Detuviéronse, sin embargo, media hora, para dar algun descanso á los caballos, y pasado este tiempo se dispusieron á ponerse en marcha.

En tanto, Cármen habia referido á sus amigos cómo los valientes indios la habian arrancado de manos de su raptor, lo que les valió sendos apretones de manos de los viajeros y palabras del más profundo agradecimiento. Cármen hubiera querido dejarles una prueba de su gratitud y de su amistad; pero nada tenia allí, y comprendiendo que no debia darles dinero, les hizo ofrecer que irian á verla antes que abandonase la tolteria.

Despues de esto, los viajeros y los indigenas monta-

ron á caballo, Cármen se colocó con su amante, y á una señal del jefe se alejaron á escape de la ranchería.

Paco iba medio loco de felicidad: aspiraba el perfume de los cabellos de la jóven, oprimia con su brazo su esbelta cintura, estrechaba su pequeña mano, y esto era para el marino la dicha de los cielos.

La carrera duró tres horas, que fueron para los dos amantes tres minutos, y mirándose, sonriéndose, adorándose, por decirlo así, llegaron á la toldería, deteniéndose ante la cabaña de Meli-Antú.

Aurora, atraída por el precipitado galope de los caballos, apareció en la puerta, vió á su hermana y la tendió los brazos; Cármen se arrojó á tierra, y llorando de alegría, las dos jóvenes se unieron en un abrazo estrechísimo.

Largo tiempo hubieran durado las caricias y las preguntas, si Tom, tan grave y formalote como siempre, no hubiera anunciado que la comida estaba dispuesta.

Estas palabras volvieron á nuestros amigos al mundo real: á invitacion de los jóvenes, el cacique consintió en acompañarlos á comer, y como allí no habia mesas, el mantel fué tendido sobre una verde alfombra de césped.

Tom habia sido de los primeros en concebir la seguridad de que Cármen seria salvada aquel mismo dia, y por consecuencia, habia dispuesto una comida soberbia, en la que figuraban un pastel de algarrobo, completamente igual al que dias antes habia hecho las delicias de sus señores; un picadillo de tortuga, que fué declarado exquisito; y, entre otros manjares, un hermoso salmon del lago, condimentado á la usanza india, de que no que-



daron más que las espinas. El jefe, para quien aquellos manjares eran perfectamente desconocidos, comió como un lobo, si bien los viajeros no dejaron de imitarle. Se tomó *mate*, acompañándole con algunas copas de rom, y concluido el banquete, el cacique se retiró á su choza y los viajeros se dedicaron á sus preparativos para pasar la noche.

La velada fué distraída, sazónándola Mingo y Meli-Antú con algunos cuentecillos indios, y á las diez las dos jóvenes tomaron posesion del lecho que la mujer del indio les habia dispuesto.

Los viajeros, que por su número no cabian en la caña, tuvieron que contentarse con los lienzos de la tienda.

## CAPÍTULO IX.

### El lago Beberedo.

Apenas el sol del día siguiente coloró con sus brillantes rayos las tersas aguas del lago Beberedo, el doctor, Paco, Sir Ricardo y sus compañeros abandonaron la tienda, disponiéndose á visitar minuciosamente la toldería y sus contornos.

Accediendo á las repetidas instancias del cacique y de Meli-Antú, habian resuelto permanecer tres días entre aquellos hospitalarios indígenas, lo que agradó sobremedera al doctor, pues esta detencion le permitia entregarse á estudios etnológicos, con los que queria aumentar su cuantioso caudal de conocimientos. Deseaba tambien conocer la fauna y la flora de aquella fertilisima comarca, y en consecuencia, los tres compañeros, con Meli-Antú y el inseparable Mingo, tenian intencion de emprender partidas de caza y escursiones botánicas, y ocuparse asimismo de la pesca en las aguas del lago.

Eran poco más de las cuatro de la mañana, y si bien los habitantes de la aldea comenzaban á ponerse en movimiento, Cármen y Aurora dormían aun profundamente. Los expedicionarios no quisieron incomodarlas, y acompañados de los dos indios, se dirigieron á la orilla del lago, prometiéndose estar de vuelta á las ocho, precisamente la hora de almorzar.

Los tres jóvenes llevaban sus carabinas; pero los indios iban cargados, el uno con una especie de cesta de mimbres, de forma cónica, que servía para la pesca de la anguila, y el otro con cuatro lazos de cerdas destinados á las vizcachas.

El doctor examinó sobre la marcha, pero con mucha atención, la tierra de un campo plantado de maíz, y vió que su composición era la más á propósito para sembrar trigo: interrogó, pues, á Meli-Antú sobre las razones que tenían los indios para preferir el pan áspero de maíz al más suave y más nutritivo de trigo, y supo con extrañeza que el precioso cereal era casi completamente desconocido en aquellas comarcas.

—De todos los habitantes de la toldería,—dijo Meli-Antú,—solo lo hemos visto unos cuantos que hemos tenido ocasión de ir á los establecimientos. Además, no nos hace falta: el maíz nos da buenas tortas, y de él hacemos *chichí*, lo que tal vez no podríamos sacar del trigo; sus mazorcas nos sirven para el fuego, lo mismo que sus cañas, y la hoja se aprovecha para las camas: una cama de hoja de maíz y pieles de carnero no es inferior en nada á las que usáis los blancos.

El doctor se guardó muy bien de combatir esta aser-

cion, y continuando su interrogatorio, preguntó al indio:

—¿Y cómo moleis el maíz?

—Muy sencillamente,—contestó Meli-Antú;— sobre una piedra grande, áspera y bastante cóncava, se ponen dos ó tres puñados de maíz, y luego se le frota fuertemente con otra piedra redondeada hasta que el grano se ha reducido á polvo. Entonces se desocupa la concavidad y se la vuelve á llenar de grano, para hacer la misma operacion.

D. Antonio consideró inútil preguntar quién se encargaba de aquel trabajo, pues sabía perfectamente que, entre los indios, son las mujeres las destinadas á hacerlo todo, no ocupándose el hombre mas que de sus correrías por la llanura ó de la guarda de sus rebaños.

—He comido vuestras tortas,—dijo el doctor,—y me ha sorprendido que no tengan el sabor insípido y soso que esperaba encontrarlas: ¿acaso usais sal para la masa?

—Sí,—contestó el indio.

—Yo creia que ese condimento no era usado por los indígenas.

—Efectivamente: la mayor parte de las tribus de la cordillera y de la llanura comen su pan y su carne sin sazónarlos; pero nosotros, como tenemos relaciones más frecuentes con los blancos, hemos aprendido de ellos el uso de la sal.

El sábio hizo un ademan de aprobacion, y continuó preguntando:

—Dime ahora: ¿de qué medio os valeis para cocer el pan?

—Tenemos,—contestó el indígena,—una gran piedra

delgada y plana, que se coloca sobre dos pilares de piedra ó de tierra; sobre ella se ponen las tortas, y debajo se enciende un gran fuego, á cuyo calor se cuece perfectamente la masa.

—Perfectamente; la última pregunta, Meli-Antú: ¿cómo se hace el *chichi*?

—¡Oh! De una manera muy sencilla,—respondió el amable indio;—se muele el grano con agua y se va echando en una vasija hasta que está mediada, luego se la llena de agua y se espera que fermente: entónces se quita el poso que forma el maíz en el fondo de la vasija, y queda hecho el *chichi*.

—Muy bien, muy bien,—exclamó el sábio, en extremo complacido por las interesantes explicaciones del pehuénche;—pero me has dicho que teneis relaciones frecuentes con los blancos: ¿acaso sosteneis con ellos algun comercio?

—Sí.

—¡Ya! ¿Y en qué productos comerciales?

—Vendemos nuestros ganados,—contestó el indio,—y tambien tasajo, pieles, trezados de cuero y conchas de las tortugas del lago.

—¿A cambio de dinero?

—Algunas veces, sí; pero generalmente á cambio de pólvora y fusiles, de instrumentos para labrar la tierra, de vino y aguardiente, de cuchillos y otros utensilios para las casas, como vasijas y tazas de barro...

—Así penetra la civilizacion en los pueblos salvajes,—dijo en aquel momento Sir Ricardo, que habia escuchado silenciosamente la conversacion del indio y del doctor.

—Exactamente,—contestó éste;—y no sería aventurado suponer, conocidos estos antecedentes, que los pehuenches serán, entre todos los indígenas de estas comarcas, los primeros que abracen las costumbres y los hábitos de los pueblos civilizados.

La conversacion concluyó aquí, pues habian llegado á la orilla del lago. Entre los arbustos saltaba y revoloteaba una infinidad de pájaros de todos colores, entre los que vió el doctor con no poco placer el *pájaro-cura*, de plumaje completamente negro, con un collarcito blanco á manera de alzacuello, y un mundo de brillantes y diminutos pajarillos, verdaderas flores aladas, conocidos con el nombre de *pájaro-moscas*. Gansos, huachuas y cisnes de cabeza negra surcaban majestuosamente las aguas, y entre las yerbas acuáticas de las márgenes se veian algunas aves pescadoras, como el *alcion*, el *cancroma* y el *fiel jacana*, en tanto que la *grande harpia* desfloraba las hondas para buscar su presa y los *patos de almizcle* pasaban en bandadas numerosas.

Amarradas á los árboles de la orilla vieron los viajeros una docena de canoas bastante largas, de fondo chato, groseramente construidas; pero fuertes, ligeras y muy á propósito para la pesca. Embarcáronse en una de las mayores, y los dos indios cogieron los remos, muy parecidos por su forma á palas de hornero.

—¿A dónde vamos?—preguntó Paco.

—A la embocadura del rio,—contestó Meli-Antú:—allí voy á echar el cesto, pues hay magnificas anguilas....

—Perfectamente; es un manjar muy de mi gusto, y no

me opongo á que cojas una docena: vamos, pues, á la embocadura del rio.

Los dos indios comenzaron á bogar y la ligera canoa se deslizó velozmente por la superficie del lago.

—¡Diablo!—dijo Paco que examinaba minuciosamente las aguas;—este lago es, más que otra cosa, un depósito de pesca: mirad, mirad qué bandas de peces.... son magníficas truchas, si no me equivoco.

—Pues mirad allí un salmon más grande aún que el que comimos ayer,—dijo Sir Ricardo.

—¡Hola! ¡y una anguila de un metro de longitud!—añadió el doctor;—teneis razon, Paco; este lago es un verdadero depósito de pesca. Y hé aquí una ventaja, y no pequeña, con la cual no contaba, si se llegase á realizar mi proyecto de colonizacion de estas comarcas.

En aquel momento llegaban al sitio en que el Colorado se separa del lago, corriendo hácia el Sur, y la canoa se detuvo, gracias á los esfuerzos de Mingo.

—Vamos á echar el cesto,—dijo Meli-Antú.

Aquel aparato de pesca pareció á nuestros viajeros, y especialmente al marino, bastante primitivo: se componia únicamente de un gran cesto de mimbres, de forma cónica, cerrado en su parte más ancha y con una abertura no muy grande en el vértice; una gran piedra atada á una cuerda le retenia á conveniente profundidad, y otra cuerda, á cuyo extremo se sujetaba un pedazo de madera que flotaba en la superficie, servia de boya indicadora.

—¿Y esperas,—preguntó Paco,—hacer buena pesca con ese aparato?

—Sí,—contestó el indio;—cuando venga esta tarde á sacar el cesto, estoy seguro de encontrar en él algunos buenos peces.

Arrojado al agua el cesto con su piedra y colocada la boya, el indio dijo:

—Vamos ahora á poner los lazos para las vizcachas.

Los dos remeros condujeron sus canoas á la orilla opuesta del rio, y todos saltaron en tierra.

No tardaron los perspicaces ojos de los indígenas en encontrar algunas madrigueras de vizcachas, y Meli-Antú colocó convenientemente en las bocas los lazos de que iba provisto. Aquellos lazos eran tambien muy sencillos: se componian de una delgada cuerda de crines, en una de cuyas puntas se formaba un nudo corredizo; este nudo se colocaba alrededor de la boca de la madriguera, de modo que la vizcacha al salir lo arrastrase consigo, y el otro extremo de la cuerda se ataba á una estaca fuertemente hincada en la tierra.

—Veo,—dijo el doctor á sus amigos,—que los indios no son tan estúpidos como se los cree en Europa.

—Y probablemente sucederá,—repuso Paco,—que los europeos, á fuerza de creerse superiores á estos pobres hombres, acabarán tal vez por ser más salvajes que ellos.

El doctor acogió con una sonrisa esta idea del capitán, y como los indios habian concluido de colocar sus lazos, volvieron todos á la canoa.

Cuando iban á alejarse de la orilla Paco vió sobre las anchas hojas de las plantas acuáticas una especie de polla cuyas extrañas patas le sorprendieron: se la hizo ver al doctor y preguntó:



—¿Qué pájaro es ese?

—El *fiel jacana*,—contestó el sábio;—ya que sois tan buen tirador, matadle y aumentaremos con él nuestra coleccion zoológica.

El capitán cogió su carabina, apuntó, hizo fuego, y el ave cayó al agua.

Recogieronla los viajeros, y como nada tenían ya que hacer allí, se dirigieron á la aldea.

El *fiel jacana*, que acababa de matar el capitán tiene próximamente el tamaño de una gallina, si bien el cuello y las patas son más largos, midiendo cerca de medio metro de altura. Su plumaje es pardo-ceniciento, y tiene la nuca adornada con una cresta de doce pequeñas plumas negras, que se estienden en forma de abanico. De todos sus caractéres, el único verdaderamente digno de llamar la atención es la forma de sus piés, cuyos cuatro dedos se extienden, uno hácia atrás y tres hácia adelante, cubriendo un espacio tan extenso como su cuerpo; esta forma particular le impide andar con facilidad en tierra, pero en cambio, le permite correr sin hundirse en el agua sobre las hojas de nenúfar y otras plantas acuáticas, entre las que busca los pececillos é insectos que constituyen su alimento: está armado de espolones de centímetro y medio; pero solo se sirve de ellos para su defensa, pues siendo un ave de carácter pacífico no toma jamás la ofensiva.

Silencioso casi siempre, lanza un grito de alarma cuando le amenaza algun peligro; y permitiéndole la delicadeza de su órgano auditivo percibir los rumores más lijeros, ha sido domesticado por algunas tribus indias, cu-

yas tolderías guarda durante la noche y á quienes advierte fielmente, por medio de su penetrante grito, la aproximacion de sus enemigos: á este debe el adjetivo de *fiel* que se antepone á su nombre genérico. Los granjeros americanos se sirven tambien de esta ave para guardar el corral, y cuéntase que llena perfectamente su cometido, protegiendo las gallináceas contra los ataques de las aves de rapiña, siguiendo todos sus movimientos, y defendiéndolas de sus feroces enemigos con gran valor y casi siempre con buen éxito.

Esto fué lo que el doctor y los dos indios dijeron acerca del *fiel jacana* en tanto que la canoa los conducia ligeramente á la aldea. Pronto llegaron al punto de desembarco, y dirigiéndose rápidamente á la choza, encontraron ya á las jóvenes levantadas y esperándolos para almorzar.

Cármén se manifestó muy enojada porque sus compañeros se habian ido de aventuras sin contar con ellas, y Aurora no pudo menos de decirles que su conducta era muy poco galante: las reconvenciones de las jóvenes cesaron, sin embargo, ante la promesa de enmendarse, y poco despues unas y otros se sentaron á almorzar.

## CAPITULO X.

### Una fiesta pehuenche.

Después del almuerzo el doctor se ocupó en preparar la piel del fiel jacana, y cuando terminaba esta operación, fué agradablemente sorprendido por la visita de uno de los hijos del cacique, el cual puso en su conocimiento que su padre, para obsequiar á los viajeros blancos, habia dispuesto que aquella tarde se celebrase un baile en la plaza de la toldería.

De ninguna manera creyó el sábio que podia corresponder mejor á la cortesía del mensajero que dándole una botella de aguardiente, y así lo hizo, retirándose el indio en extremo satisfecho y complacido.

El doctor participó acto seguido á las jóvenes la novedad que se preparaba, y acompañado de Paco y del inglés fué á dar las gracias al cacique, el cual se dignó convidarlos á comer.

Este fué un verdadero apuro para el jóven sábio, que

temia exponer los delicados estómagos de las viajeras á las composiciones un tanto detestables de la cocina india; pero su buena imaginacion le proporcionó un medio de salir honrosamente del paso, y contestó al cacique que, si bien las jóvenes blancas no aceptarían el convite, pues se lo impedían las costumbres de su país, él y sus compañeros tendrían un gran placer en participar de su comida.

Satisfecho el jefe con esta respuesta, que lo conciliaba todo, los tres amigos volvieron al lado de Aurora y Carmen y pusieron en su conocimiento lo que acababa de pasar.

—De modo,—dijo Aurora,—que no podemos participar del banquete que os espera.

—No, querida mía,—contestó el sábio;—las costumbres de Europa os lo prohíben terminantemente; si así no fuera, tal vez os expondríais...

—Basta, mi sábio amigo, basta,—repuso sonriendo la joven;—respeto mucho los hábitos de mis abuelos, y por consecuencia, no asistiré al festin. Luego nos direis el concepto que podais formar de la cocina pehuenche, y sabremos si estamos en el caso de envidiaros ó de compadeceros.

—¡Ay!—exclamó Paco,—¡mucho me temo que tengais que hacer lo segundo! ¡Quién me había de decir que algun dia sería convidado de un alto funcionario pehuenche!

—Por supuesto,—dijo el doctor,—que el convite nos cuesta una docena de botellas de aguardiente.

—Es natural; y por consecuencia, el cacique cojerá esta tarde una chispa de primer orden.

La llegada de Meli-Antú puso término á la conversacion, pues no era conveniente que el indio escuchase palabras tan irreverentes tratándose de su *soberano*.

El doctor invirtió lo que quedaba de mañana en redactar y ordenar sus notas, y luego hizo que el marinero llevase á la cabaña del jefe doce botellas de aguardiente de las que venian en la galera.

Poco despues de las doce los tres convidados se hallaban en presencia de su anfitrión, en cuya compañía y la de sus hijos atacaron, sentados en troncos de madera, á un gigote que no era de carnero ni de vaca y cuya composicion tuvo al fin que preguntar el doctor:

—Es carne de caballo, —contestó el jefe.

Paco y el doctor se miraron, acordáronse de las jóvenes, y como el guisote, á pesar de ser de caballo, no estaba malo, continuaron comiendo con buen apetito.

Salieron despues dos magníficos sollos del lago, condimentados con aceite de tortuga, que pareció á los europeos un plato de primer orden, y la comida dió fin con una especie de puches de harina de algarrobo y leche, sirviéndose despues el mate y las imprescindibles botellas de aguardiente.

Paco, que conocia la afición desmedida que tienen los indios á los licores espirituosos, esperaba que el jefe beberia hasta embriagarse; se equivocó, sin embargo, pues el indio no hizo más que beber algunas gotas, y sus hijos, imitando á los viajeros, lo mezclaron con el mate.

El doctor, á quien esta moderacion sorprendió tambien, no quiso hablar al jefe del asunto, esperando que Mingo se lo explicaria despues; y habiendo concluido la

comida, unos y otros se pusieron á fumar. Sir Ricardo quiso probar el tabaco de los indios, y habiéndole entregado una gran pipa de piedra, perfectamente cargada, la encendió y empezó á chupar, teniendo que dejarla á los pocos momentos. Aquel tabaco exhalaba un humo acre y pegajoso que provocaba la tos y arrancaba lágrimas; su olor era muy fétido y su sabor extremadamente desagradable.

El doctor sabia perfectamente lo que era aquello; pero no quiso decir una palabra al pobre inglés, pues en ciertos casos es peor saber las cosas que ignorarlas. La verdad es que, segun una costumbre bastante extendida entre los indios, lo que Sir Ricardo acababa de fumar era tabaco mezclado con.... excremento seco de vaca (1).

Algunos momentos despues, los tres jóvenes, acompañados por el amable jefe, se dirigieron á buscar á las viajeras para asistir al baile.

Las jóvenes estaban ya esperando y acto seguido se pusieron en marcha.

La plaza de la toldería se hallaba ya bastante concurrida; los viajeros, con Mingo y el jefe, se colocaron en un lugar conveniente, y á una señal del último empezó el espectáculo.

La música se componia de dos instrumentos hechos con cañas delgadas que crecian en las orillas del lago, á manera de pitos, y dos tambores que no eran otra cosa

---

(1) M. Guinnard, en la narracion de su cautiverio entre los indigenas de las Pampas, hace mencion de esta detestable costumbre de los indios

que grandes vasijas de barro cubiertas con una piel curtidada, y que se tocaba á puñetazos.

Tan extraña y primitiva [orquestra hizo asomar una sonrisa á los lábios de los viajeros, exceptuando tal vez á Sir Ricardo, que por nada perdía su serenidad habitual.

No tardaron en dejarse ver los bailarines, que eran en número de veinte, sin que hubiese entre ellos ninguna mujer: dividiéronse en dos filas, que se colocaron la una enfrente de la otra, y al monótono compás de los pitos y de los tamboriles, comenzaron una série de pasos y figuras tan extremadamente ridículas, que nuestros amigos tuvieron que hacer esfuerzos sobrehumanos para no soltar la carcajada. Cármen se veía obligada á morder continuamente su pañuelo, y el jóven marino pasó la tarde en un verdadero compromiso: Aurora y el doctor se contentaban con sonreír, lo que el jefe tomaba por una señal de aprobacion; y en cuanto á Mingo y Sir Ricardo, inútil es decir que permanecían tan sérios y graves como de costumbre.

A la primera tanda de bailarines reemplazó otra que se entregó á las mismas extrañas contorsiones, y concluido el espectáculo, los viajeros se retiraron, acompañados del jefe y de varios indios y precedidos por los cuatro músicos que tocaban á más y mejor.

Cuando al fin pudieron quedarse solos Aurora interrogó al doctor acerca del convite del jefe, y no pudo menos de sonreír al oírle hablar del jigote de caballo.

—La verdad es,—dijo el sábio,—que la carne de caballo, digan lo que digan, no tiene nada de mala; por mi parte, lo único que puedo decir es que me ha gustado.

—Y á mí tambien,—añadió Paco.

El doctor aprovechó la ocasion de haber salido un momento Sir Ricardo para revelar la extraña mezcla del tabaco que el pobre inglés habia fumado; Cármen se rió como una loca, y Paco, despues de lanzar algunas carcajadas, dijo:

—Pues ha sido una casualidad que á mí no me haya sucedido el mismo chasco, pues me dieron tambien tentaciones de pedir una pipa; afortunadamente, viendo que vos no lo haciais, no quise aventurarme, y ahora me felicito por mi prudencia.

El doctor interrogó despues á Mingo acerca de la moderacion que habia notado en el jefe y en sus hijos respecto del aguardiente, y supo que los pehuenches, habiendo observado en algunos de los suyos los desastrosos efectos del abuso de las bebidas, hacia ya algun tiempo que prescindian de ellas, ó por lo menos, que las usaban con mucha moderacion.

—En cambio,—añadió,—los poyuches y otras tribus pampeanas se entregan sin freno ni medida á la embriaguez, y entre ellos han ocurrido por esta causa multitud de desgracias.

Concluyó el dia con una opípara cena preparada por Tom, y á las diez de la noche los viajeros se entregaron al descanso.

El dia siguiente se dedicó, en compañía de las jóvenes, á la caza y la pesca en las aguas del lago, y Meli-Antú, cumpliendo una promesa que habia hecho á sus huéspedes, se apoderó de tres grandes tortugas, que fueron á dar en manos de Tom. Entonces pudo Paco conven-



cerse de que los aparatos de los indios para la pesca no eran tan pobres en resultados como él habia creído: el cesto arrojado el día anterior contenia siete magnificas anguillas y algunas docenas de pequeños pececillos que debian estar exquisitos en una fritura. Tambien se visitaron los lazos, encontrando en ellos tres vizcachas cogidas por el pescuezo.

El día se pasó muy distraido, y las viajeras volvieron á la choza extremadamente satisfechas de su expedicion.

El 17 de Octubre, último día que debian pasar en la aldea, se empleó en su mayor parte en los preparativos necesarios para continuar el viaje. Los dos pastores que habian sacado á Carmen de las manos del gaucho fueron, como lo habian ofrecido, á despedirse de ella, y las dos jóvenes les hicieron un pequeño regalo, que los pobres indios agradecieron tal vez más que si hubiera sido una fortuna.

Llegó al fin el día de la marcha: los viajeros, especialmente los jóvenes, se despidieron, no sin alguna emocion, de la mujer de Meli-Antú, que con tanto desinterés y tanta dulzura les habia servido; y acompañados del indio, del cacique y de sus hijos, salieron de la toldería dirigiéndose al río Diamante. Buscóse un vado, que no tardó en encontrarse, y despidiéndose del jefe y de su prole, que volvian á su aldea, la caravana pasó el río y acampó en la margen opuesta.

## CAPÍTULO XI.

### Las tortugas.

Cuando los expedicionarios pusieron el pié en la orilla septentrional del rio Diamante, el doctor miró su reloj y vió que eran las once y media.

—Por media hora más ó menos,—dijo á sus compañeros,—creo que no nos hará daño la comida; soy, pues, de opinion que nos detengamos aquí, y por vía de postres os explicaré mi pensamiento respecto á la direccion que debemos seguir.

La proposicion fué aprobada por unanimidad, y habiendo tomado asiento los expedicionarios bajo la fronda de los árboles, Tom sirvió la comida, en la que figuraban, perfectamente condimentados, algunos exquisitos peces del lago Beberedo.

Despues del café, el doctor desplegó su mapa, en el cual se fijaron las miradas de sus compañeros, y dijo:

—Nos hallamos, como veis, precisamente en el lugar

en que el río Diamante confunde sus aguas con las del lago Beberedo: diez leguas próximamente nos separan del punto en que el río Mendoza, que este nombre recibe la parte más septentrional del Colorado, desemboca en el mismo lago, y esta distancia podemos recorrerla en dos días, puesto que ninguna prisa tenemos: esta lentitud nos permitirá inspeccionar detenidamente la orilla occidental de este importante depósito de los ríos vecinos; y si no me equivoco, veremos en ella algunas cosas interesantes. Propongo, pues, que nos dirijamos á la desembocadura del Mendoza.

—Aprobado,—dijeron todos.

—Este río,—continuó el doctor,—que riega una gran parte de la provincia que le da su nombre, nace, según se cree, en la falda oriental de los Andes; pero, por más fundada que esta creencia sea, al fin y al cabo no es una seguridad, y por de pronto, ningún hombre de ciencia, ningún geógrafo ha dicho todavía si el origen de un río tan importante es un lago, ó un manantial, ó simplemente un arroyo producido por la licuación de las nieves. Así, pues, ¿quereis que, caminando por la orilla meridional del río, lo remontemos hasta su nacimiento y adquiramos de esta suerte el perfecto conocimiento de su origen?

—No hay inconveniente,—dijo Aurora.

—Os doy gracias en nombre de la ciencia, á la cual prestais un gran servicio, y os felicito por la gloria que alcanzais uniendo vuestro nombre á tan importante descubrimiento. Debo, sin embargo, advertiros que esta modificación de nuestro programa no afecta de ninguna manera á lo que habíamos resuelto respecto de los Andes, y

que atravesaremos la cordillera, segun nuestra primitiva idea, por el desfiladero de Uspallata.

—Perfectamente,—dijo Paco;—y ¿cuánto tiempo creéis que tardaremos en alcanzar las fuentes del rio Mendoza?

El doctor echó al mapa una ojeada y contestó:

—Cuarenta leguas próximamente hay desde su desembocadura en el lago hasta las faldas de la cordillera, y andando seis diarias emplearemos justamente una semana, que con el dia de hoy y el de mañana, que llegaremos al punto de partida, hacen un total de nueve dias; ¿está satisfecha vuestra curiosidad, señor marino?

—Completamente, mi estimado sábio.

—A caballo, pues, y en marcha.

Continuóse el viaje sin que ocurriese en toda la tarde novedad alguna, y poco antes de anochecer, habiendo encontrado un buen punto de descanso, los viajeros hicieron alto, decidiendo pasar allí la noche.

La jornada del 18 no ofreció tampoco incidente alguno digno de mencionarse: á las cinco de la tarde se alcanzó la desembocadura del rio Mendoza, y la caravana avanzó resueltamente por su orilla derecha.

Al ponerse al sol, una terrible nube de mosquitos asaltó á nuestros viajeros, poniendo á prueba su paciencia: esto era un síntoma de variacion de tiempo; y en efecto, poco despues el cielo se entoldó, y apenas cerró la noche sus cataratas se abrieron y una lluvia torrencial se precipitó sobre la llanura.

Los tres jóvenes buscaron un refugio en la galera de sus compañeras, en tanto que los demás se guarecian bajo la tienda, cuyos lienzos apenas bastaban á protegerlos

de la furia del agua. Los caballos y las mulas, expuestos á la intemperie, se reunieron y se echaron al suelo, formando un apretado grupo.

A las once, habiéndose levantado un ligero viento del Sudoeste, cesó la lluvia, y los viajeros pudieron reparar sus fuerzas entregándose al descanso. La noche pasó sin otro accidente, y al rayar el alba ya estaban todos en pié.

Habia amanecido un dia hermosísimo, y la llanura, húmeda por la lluvia, exhalaba un olor que los viajeros aspiraban con satisfaccion.

Durante la mañana los jóvenes se distrajeron agradablemente cazando entre los árboles de la orilla algunas aves, que fueron entregadas al cocinero, y Paco tuvo la suerte de encontrar un nido de *chingolos*, pequeños pájaros de brillante plumaje, con tres crias en el estado más á propósito para ser cogidas.

El marino llamó á las jóvenes, que se bajaron de la galera para ver aquel pequeño paraíso: los padres revoloteaban de rama en rama, lanzando chillidos de espanto, temiendo ver profanado el santuario de su amor.

La brillante luz del sol iluminaba el nido y sus débiles habitantes: la reproduccion, esa eterna ley de la naturaleza, se veía allí risueña y augusta, y aquel dulce misterio se derramaba en la solemnidad del desierto.

Las dos jóvenes se inclinaron para ver el nido, y casi sin atreverse á confesar que pensaban al mismo tiempo en sus amantes, se pusieron á mirar aquellos pajarillos, aquella familia, aquella cama de plumas y yerbas, rodeada de ramas y flores, con esa emocion dulce y miste-

riosa que un nido causa siempre en los corazones enamorados.

Ya tendía Paco el brazo para apoderarse del nido, cuando las dos jóvenes le detuvieron.

—¡Cruel!—dijo enternecida Cármen;—¿si algun día teneis hijos, no os dolerá que os los roben?... ¡No turbeis, pues, la felicidad de esos dichosos pajarillos!...

Paco retiró su brazo, un poco sonrojado por la tierna reconvencion de Cármen, y las jóvenes volvieron á su galera.

Apenas se alejaron, los dos pájaros se lanzaron al nido, revoloteando en su torno, acariciando con las alas á sus hijuelos, llevándoles en su pico comida y besos.

Cármen lo vió, y haciendo á Paco reparar en ello, dijo en voz baja:

—¿Por qué no respetais el amor ajeno si quereis que respeten vuestro amor?...

—Cármen, sois un ángel,—contestó conmovido el joven.

Por la tarde hubo que atravesar terrenos pantanosos, lagunas y *esteros*, extensos charcos cubiertos de yerbas acuáticas: el ganado se cansó bastante y fué necesario prolongar la jornada á fin de acampar en terreno seco.

El 21 se rompió la marcha algo más tarde que de costumbre, pues habiendo roto sus trabas durante la noche la potra blanca de Cármen, tuvieron los indios que ir á buscarla, viéndose obligados á hacer uso de las bolas. Por este medio pudieron, al fin, apoderarse de ella; pero habian invertido bastante tiempo y no les fué posible volver al campamento hasta las diez de la mañana.

Nada digno de mencionarse ocurrió durante el día: poco después de las cuatro se encontró un sitio estremadamente frondoso y pintoresco, y á petición de las jóvenes la caravana hizo alto.

En tanto que los mozos trababan los caballos y las mulas, Aurora, Cármen y sus tres compañeros fueron á sentarse bajo los árboles á la orilla del agua, asustando con su presencia una infinidad de patos, alciones y otras aves, que se arrojaron al río lanzando gritos de espanto.

El Mendoza no tenia en aquel punto una gran anchura, pues no llegaria á medio kilómetro, elevándose en medio de su lecho un islote ó banco de arena, de bastante extension, por cuyos costados se deslizaba la corriente con suavidad.

El islote no se hallaba á mucha distancia de la orilla, y el doctor vió sobre el fondo blanquecino de la arena algunas manchas negras que llamaron su atencion: á simple vista, no era posible averiguar de qué procedian; pero con el auxilio de sus anteojos pudo ver que no eran otra cosa que tortugas que se arrastraban perezosamente tomando el sol.

El antejo pasó de mano en mano, satisfaciendo todos su curiosidad, y los viajeros se contentaban con verlas, ya que no podian apoderarse de alguna, cuando los dos indios se reunieron á ellos.

Los perspicaces ojos de Mingo vieron á la primera ojeada lo que el doctor no habia podido conocer sino por medio de sus gemelos, é indicando el islote con un movimiento lleno de expresion á su compañero, los dos indios,

sin decir una palabra, se arrojaron al agua, y ya á nado, ya haciendo pié, se dirigieron á él.

Como antes hemos dicho, la corriente era en aquel sitio bastante floja; los indios la atravesaron sin dificultad alguna, llegaron silenciosamente al islote, y antes de que las tortugas tuvieran tiempo para arrojarse al agua, se apoderaron de cuatro, dándolas muerte acto continuo. Volvieron al campamento con sus víctimas, que pertenecían, según dijo el doctor, al género *terekay*, es decir, al más apreciado por los gastrónomos, y apenas puso el pié en la orilla, Mingo dijo:

—Una cesta.

—¿Para qué?—preguntó Paco.

El indio señaló el islote y contestó lacónicamente:

—Huevos.

—¡Oh!—exclamó Sir Ricardo,—¡huevos de tortuga! ¡bocado de príncipe!

Mingo sonrió, y habiéndole entregado Tom una cesta que iba en la galera de los víveres, volvió á echarse al agua, dirigiéndose al islote.

Media hora después volvió con la cesta llena de unos huevos blancos, de cáscara muy clara y del tamaño próximamente de los de paloma. Tom se encargó de la cesta, y cuando iba á marcharse, el doctor le detuvo.

—Amigo Tom,—le dijo el sábio,—esta noche no admitimos en nuestra cena otros manjares que la tortuga y sus huevos....

—Señor doctor, os aseguro que quedareis contento,—respondió el negro enseñando sus blancos dientes.

En tanto que el cocinero preparaba la cena, D. An-



tonio dió á sus compañeros, que le escuchaban con sumo interés, algunas noticias acerca de las tortugas, que versaron principalmente sobre su reproduccion y el aprovechamiento de sus huevos.

Despues de la clasificacion establecida por los naturalistas y de la enumeracion de los diversos géneros y especies que comprende la familia, el doctor añadió:

—Veis, pues, que desde la tortuga feroz y la *carapa* que viven en las aguas del Amazonas y del Orinoco, hasta el pequeño galápagos que se arrastra por los rios de Europa, la familia de los *testudos* comprende una porcion de especies que difieren entre sí por caractéres de gran importancia en unas y completamente insignificante en otras. Las que tenemos en nuestro poder pertenecen al género *terekay*, que es de los más pequeños, y su carne goza gran reputacion por su finura y buen sabor: sus huevos son asimismo muy buenos, como vereis esta noche; pero únicamente se come la yema, que es muy parecida á la de los de gallina. Estas tortugas se reunen en número de veinte á treinta y ponen sus huevos en la arena; pero como la recoleccion de estos no es nunca muy considerable, solo se buscan para comerlos y no se hace con ellos comercio alguno. Lo contrario sucede con la *carapa* y otras tortugas de gran tamaño, que se juntan á veces por millares, buscando luego un sitio á propósito para hacer su postura: generalmente escojen una isla arenosa, que examinan minuciosamente antes de la deposicion. Cuando están seguras de que el lugar elegido presenta las condiciones apetecidas, abordan á él por la noche en bandas numerosas, y cada una hace con las gan-

chudas uñas de sus patas de atrás un agujero, en el cual deposita sus huevos, cuyo número varía de 90 á 120, cubriéndolos enseguida y apisonando perfectamente la arena con sus anchas patas, á fin de que los caimanes y otros animales no puedan descubrir su precioso tesoro. Concluida la operacion, aquella multitud vuelve al rio, dispersándose en todas direcciones; el calor del sol se encarga de lo demás, y seis semanas despues las crias se arrastran por la arena, arrojándose inmediatamente al agua. Entonces vuelven las madres y cada una se lleva sus hijos....

—¿Y cómo se componen para reconocer sus crias entre los millares de pequeñas que nacen al mismo tiempo y en el mismo sitio?—preguntó Paco.

—Hé ahí una pregunta á la cual nadie os podrá contestar,—respondió el sábio;—con frecuencia se vé una carapa seguida de un centenar de pequeñas; pero, ¿son estos verdaderamente sus hijos, ó lo ha cogido al azar entre la familia comun? Imposible parece ciertamente que pueda distinguir los que le pertenecen en medio de aquella aparente confusion; pero, sin embargo, como los lazos familiares son una ley de la naturaleza, debe creerse que el instinto maternal la conduce y la impide extraviar su ternura.

—Continuad vuestra leccion, amigo mio.

—Los indios conocen perfectamente la época de la postura, y apenas llega se reunen tribus enteras, buscan los sitios donde las tortugas han depositado sus huevos, y cuando los encuentran se apoderan de ellos sin dejar siquiera uno, destinándolos en su mayor parte á la fabri-

cacion del aceite llamado *manteca de tortuga*. Este aceite, segun tengo entendido, se prepara de la manera siguiente: se ponen los huevos en una caldera grande, batiéndolos con una espátula de madera, y despues se expone la mezcla al calor del sol hasta que sobrenada la parte oleaginosa; recógese esta haciéndola hervir por cierto tiempo y luego se echa en botijas de barro para llevarlo al mercado. ¿Es cierto lo que digo, Meli-Antú?

El indio hizo con la cabeza una señal afirmativa, y el profesor continuó:

—El número de huevos que se recogen de este modo es increíble, y el de los que ponen las tortugas supera al cálculo más exagerado. Solo en las orillas del Orinoco se recogen anualmente cuarenta millones de huevos, y pasan sin duda alguna de 150 millones el número de los que se emplean en la fabricacion de la manteca. Imaginaos, pues, lo que sucederia si no existiera esta destruccion, naciendo todos los años doscientos millones de animales, que viven bastante tiempo y que se reproducen con tan pasmosa fecundidad. Afortunadamente la naturaleza, siempre sábia y previsor, ha evitado los inconvenientes que esto produciría, creando á la tortuga una porcion de enemigos, como el jaguar, el cocodrilo, los buitres y otros muchos, que hacen su presa de los huevos y sus crias.

—¿Y es muy considerable el comercio que se hace con el aceite de tortuga?—preguntó Sir Ricardo.

—Sí, amigo mio; en muchos distritos del Brasil reemplaza completamente al aceite de olivas, y estando bien hecho, es decir, siendo de huevos frescos, no es inferior por ningun concepto al aceite de la mejor calidad.

Pasóse la tarde conversando agradablemente; y cuando el sol comenzó á ocultarse, Tom presentó las cuatro tortugas perfectamente asadas en sus mismas conchas y condimentadas con una salsa de su invencion, que á todos pareció excelente. Los huevos de tortuga, ó mejor dicho, las yemas de los huevos, mezcladas con un frito de menudillos de ave, fueron ponderadas hasta la exajeracion, y el doctor declaró que Tom, por su habilidad en las operaciones culinarias, habia merecido bien de la comunidad.

Las tortugas hicieron el gasto de la conversacion durante la velada, y á las once los viajeros se entregaron al descanso, quedando de guardia el patagon junto á una gran hoguera destinada á espantar los animales feroces.

Durante los dias 22 y 23 el viaje continuó sin que ocurriese incidente alguno: el tiempo se mantuvo bueno, y aunque el calor apretaba un poco, los expedicionarios lo soportaban sin incomodidad.

En la mañana del 24 Sir Ricardo sufrió un accidente que hizo reir un poco á las jóvenes. La caravana marchaba por una pradera de menudo césped y Sir Ricardo se habia separado un poco de sus compañeros, llevado por su aficion á la caza, cuando un magnífico ñandú, espantado indudablemente por las pisadas de los caballos, salió de un matorral, cruzó como un rayo por delante de los viajeros y huyó describiendo anchas curvas por la llanura.

El doctor, Paco, los dos indios y delante de todos el inglés, se lanzaron á escape en su persecucion. Ya Mingo preparaba sus bolas y Meli-Antú hacia girar las suyas sobre su cabeza, cuando el caballo de Sir Ricardo dió un

terrible tropezon, cayó, lanzando al jinete de los arzones, y del sitio en que habia ocurrido el fracaso brotó una lluvia de pequeños fragmentos blancos y gotas amarillas que alcanzó á los que corrian en pos de él. Los cazadores se detuvieron, temiendo que el inglés hubiese sufrido alguna lesion; pero su cuidado se cambió en un coro de carcajadas al ver levantarse al inglés, más sério y grave que nunca, y lleno de piés á cabeza de claras, yemas y fragmentos de cáscaras de huevo.

Aquel fracaso tenia una explicacion sencillísima. Nuestros lectores recuerdan indudablemente que el nido del ñandú no es más que un agujero hecho en la tierra, en el cual las hembras depositan sus huevos; el caballo del inglés, en la rapidez de su carrera, habia tropezado en el borde de un nido, haciéndole hocicar la violencia del golpe, y el pobre inglés salió de los arzones con tan mala suerte que fué á caer precisamente sobre el nido lleno de huevos, haciendo con ellos una inmensa tortilla.

Sir Ricardo se levantó, sin que las risas de sus compañeros pudieran hacerle perder su gravedad; se limpió como pudo, y tendiendo su mirada por la llanura, dijo:

—¡Oh! ¡el ñandú se ha escapado!

—Pero en cambio le habeis estropeado el nido,—contestó sonriendo el doctor.

El inglés se inclinó, vió que algunos huevos se habian escapado del desastre, y los recogió, diciendo friamente:

—Siempre es algo: ya que no podamos comer ñandú, comeremos sus huevos.

En seguida montó á caballo y volvieron á reunirse con sus compañeros.

Las dos jóvenes no pudieron menos de reirse viendo al pobre inglés lleno de huevo, y Carmen le dijo con mucha gracia:

—Pero, amigo mio, si no os mudais el poncho os van á comer las moscas.

—Es verdad,—dijo Sir Ricardo;—muchas gracias por vuestra advertencia.

Y con su frialdad característica, el inglés se despojó del poncho, que arrojó en la galera de los equipajes, y prosiguió caminando con su elegante levita de viaje.

Cuando se detuvo la caravana, Tom lavó en el rio el poncho del inglés, que pudo volvérselo á poner, y la jornada concluyó sin que ocurriese otro incidente.

Se llevaban andadas veinticuatro leguas desde el lago Beberedo, y faltaban tres dias de marcha para alcanzar las faldas de la cordillera. El doctor tenia especial cuidado en dibujar escrupulosamente en su mapa las vueltas y tortuosidades del rio, y esperaba, no sin impaciencia, el momento en que pudiese indicar, fijando su posicion exacta, el lago, fuente ó arroyo en que tenia su origen.

Las aguas del rio dejaban ya conocer la aproximacion de su nacimiento, pues su caudal era mucho menor, alcanzaba poca profundidad, y las márgenes se acercaban visiblemente. Paco y el doctor, siguiendo á una magnífica garza de que el segundo queria apoderarse, lo pasaron con la mayor facilidad y sin que los caballos sumergiesen el pecho, lo que hizo decir al marino:

—Me parece, querido geógrafo, que nos acercamos al término de nuestro viaje, ó por mejor decir, de su primera parte.

—Segun mis cálculos,—contestó el doctor,—estamos próximamente á diez y seis leguas de la cordillera, y por consecuencia espero que mañana veamos ya en el horizonte las elevadas cimas de los Andes.

—Mas vale así,—exclamó el marino,—pues, si he de decir verdad, me iba cansando ya de una llanura tan continuada. Momentos he tenido en que creia viajar, no por América, sino por las carreteras de la Mancha.

El geógrafo sonrió, y viendo á buena distancia el animal que perseguia, levantó su carabina y disparó.

La garza cayó al agua, recogiénola el marino, que preguntó á su amigo:

—¿Cómo se llama este pájaro?

—Es un ave pescadora llamada comunmente *cancro-ma*,—contestó el doctor;—mirad su gran pico, que parece dos canoas superpuestas que se miran por sus concavidades; esta forma particular le permite arrebatarse fácilmente los pececillos, crustáceos y ranas, que constituyen su ordinario alimento.

—¿Y vais á empajarle?

—Sí; es un animal algo raro, y bien merece el honor de figurar en nuestra coleccion.

Los dos jóvenes se reunieron á sus compañeros, y aquella noche se entretuvo el doctor en preparar la piel del ave para disecarla.

En la jornada del dia siguiente, el joven sábio, que no separaba sus miradas del horizonte, vió destacarse en él una forma oscura, que fué creciendo en razon de la disminucion de la distancia, de manera que, pareciendo en el primer momento una nube, algunas horas despues

dejaba conocer la imponente mole de elevadas montañas.

A las cinco de la tarde la caravana hizo alto, y don Antonio, indicando á sus compañeros la sombría mole que cerraba el horizonte, dijo con acento solemne:

—¡Los Andes!—



## LIBRO SEGUNDO.

### LOS ANDES.

#### CAPÍTULO I.

##### La falda de la cordillera.

Al amanecer del 26 de Octubre, el patagon, que era generalmente el primero en levantarse, llamó á los viajeros y les indicó sonriendo, como para darles ánimos, las crestas de la cordillera, que se divisaban, veladas por las brumas de la mañana, á una distancia de siete leguas.

—Sí, valiente Mingo,—dijo el doctor, contestando al expresivo ademan del baqueano;—nos acercamos al término de nuestro viaje por las Pampas, y pronto cambiaremos esta inmensa llanura por los estrechos senderos, los hondos precipicios y las peladas rocas de los Andes; vamos á salir del territorio de los jaguares para entrar en la comarca de los llamas y las vicuñas; ya no pisarán nuestras plantas verdes alfombras de césped, pero se tenderán ante nuestros pasos blancos tapices de nieve. La transi-

cion es brusca, valiente patagon; pero la belleza resulta precisamente de los contrastes.

Los dos indios escuchaban sonriendo las entusiastas palabras del jóven sábio, que lanzado en las vías de la oratoria con la fuerza de un tren directo, no se hubiera detenido á no resonar en aquel momento la dulce voz de Aurora, que le llamaba.

El amante apareció súbitamente bajo la piel del académico, y el doctor corrió al lado de la jóven.

—¿Qué quereis, vida mia?—preguntó.

—Saber si llegaremos hoy al pié de la cordillera,—contestó sonriendo Aurora.

—A las cuatro de la tarde estaremos allí,—repuso el sábio,—y espero tener la dicha de encontrar el origen de este hermoso rio que desde el corazon de las Pampas viene siendo, por decirlo así, nuestro verdadero guia.

—Estais hoy elocuente,—dijo riendo Aurora.

—Es sin duda porque me inspira la luz de vuestros ojos,—contestó galantemente el doctor.

Aurora dejó ver en sus labios una dulce sonrisa, y á la voz de Tom, los viajeros se sentaron á almorzar.

—Rubito,—dijo Paco al negro cocinero,—me parece que te esperan algunos malos ratos.

—¿Por qué, mi capitan?—preguntó el negro.

—Porque al menos durante algunos dias no podrás lucirte como hasta aquí con tus composiciones culinarias: vamos á entrar en un terreno en el cual será muy difícil armar tu cocina, y por consecuencia, te verás reducido á servirnos lo que en mi tierra se llama *comida de sartencilla*.

—Así y todo, mi capitán, os aseguro que no quedareis descontento de mis guisos, y casi tengo la evidencia de que no rechazareis ninguno de los platos que os presente.

—Muy bien, Tom, muy bien; pero mira, voy á hacer-te una advertencia.

—Decid, señor.

—Se reduce á que no vuelvas á llamarme tu capitán: eso no está bien, Tom; estos señores, al oírte hablar así, pueden creer que yo soy capitán de cocineros.

Una carcajada general acogió esta ocurrencia del marino, y Tom prometió con toda formalidad no volver á incurrir en aquella falta.

Concluido el almuerzo, las jóvenes subieron á su vehículo, sus compañeros montaron á caballo y se rompió la marcha con más ánimos que nunca.

Los caballos y las mulas caminaban con facilidad y rapidez; el paisaje variaba, y en vez de la llanura monótona y árida que antes habian pisado los viajeros, veian extenderse ante sus ojos campos cubiertos de una exuberante vegetacion, y distinguian al pié de la cordillera espesos bosquecillos y elevados árboles, bajo los cuales esperaban pasar la noche.

A las 12 se habian andado cinco leguas; podian apreciarse ya los detalles de las primeras estribaciones de las montañas y se comprendia por la poca cantidad de agua que arrastraba el Mendoza que su nacimiento no debia estar lejos.

La comida fué amenizada con unas patatas silvestres que el doctor encontró, husmeando como un huron entre los matorrales y que Tom aderezó con una habilidad ex-

traordinaria. Tambien Paco cogió unas frutas del tamaño y forma de las acerolas, que destinó para los postres; pero cuando el jóven capitán las hincó el diente, tuvo que escupir el bocado más que aprisa, haciendo tales gestos que sus compañeros no pudieron menos de soltar la risa. Cármen interrogó á su amante acerca de las cualidades de los postres americanos, y el marino, despues de enjuagarse perfectamente la boca, contestó que el acíbar y la sal de higuera eran bocado sabrosísimo en comparacion de aquellas frutas.

La desgracia de Paco consistió, á decir verdad, en que Mingo y Meli-Antú no se hallaban presentes cuando presentó y probó aquellas frutas: si hubieran estado allí los indios, le habrían impedido comerlas, y tal vez hubieran añadido que de aquellas pequeñas manzanas, que son el fruto de un haya gigantesca que crece en las márgenes de los rios, sacan ellos, por medio de su maceracion en agua, uno de los colores con que acostumbran á pintarse el rostro.

Pero si no pudieron decírselo entonces, se lo dijeron mas tarde, y entonces comprendió el marino por qué los semblantes de los indios, generalmente tan pintorreados, están á salvo de las picaduras de los mosquitos.

El pobre capitán tuvo que sufrir algunas delicadas bromas de Cármen y de Aurora, á que contestó con su buen humor habitual, y despues de tomar el café y de fumar un cigarro, los viajeros continuaron su camino.

A las cuatro llegaron á las primeras estribaciones de la cordillera, cuyas imponentes cimas se elevaban á una altura inmensa, pareciendo desafiar al cielo: el doctor

contempló con entusiasmo y alegría aquella gigantesca mole, y luego, corriendo á la orilla del río, trató de inquirir si el lugar de su nacimiento estaba en las cercanías.

Precisamente en aquel sitio el Mendoza formaba un recodo, viniendo del Sur para tomar allí la dirección del Oeste. El doctor llamó al marinero, y señalándole un árbol elevadísimo, dijo:

—Francisco, quiero que me hagas un favor.

—Estoy á vuestras órdenes,—contestó el marinero.

—Pues bien, sube por ese árbol á la mayor altura que te sea posible, mira hácia el Sur, siguiendo la línea que forma el río en la base de los cerros, y dime si se prolonga mucho en esa dirección.

—Muy bien, señor doctor,—repuso Francisco.

Y quitándose los zapatos, el marinero, con esa extraordinaria agilidad peculiar á las gentes de su oficio, trepó como un gato por el tronco del árbol, se perdió entre las frondas, y un momento despues, el doctor le vió saltando como una ardilla de rama en rama hasta que le fué imposible subir más.

Desde aquella altura tendió su mirada en la dirección indicada por el doctor, y sirviéndole de guía la línea de árboles que orlaba las orillas, vió que el río se prolongaba por la falda de los montes hasta una distancia que calculó de cuatro leguas; allí se perdía tras un cerro, y por consecuencia, era imposible ver más.

El marinero bajó del árbol y puso sus observaciones en conocimiento del doctor.

—¡Cuatro leguas!—dijo éste;—entónces es seguro que

detrás de ese cerro que has visto tiene su origen el río: el caudal de aguas que aquí lleva es apenas el necesario para recorrer esa distancia.

—¿Qué tal, mi sábio amigo?—preguntó en aquel momento el inglés, que se habia acercado;—¿cómo andamos de nuestro descubrimiento?

—¡Oh! ¡perfectamente!—contestó el geógrafo;—tengo la evidencia de que mañana al medio día habremos alcanzado las fuentes del río Mendoza.

—Me alegro, me alegro mucho,—repuso Sir Ricardo;—recibid mi enhorabuena.

El inglés y el geógrafo se entregaron á una conversacion esencialmente científica, y en tanto, las dos jóvenes, acompañadas de Paco y del amable Mingo, paseaban entre los árboles de la orilla, admirando la magnífica vegetacion de aquella comarca.

Toda aquella region andina era, en efecto, encantadora y de una fertilidad extraordinaria. Árboles numerosos elevaban en el espacio su gigantesco parasol, dejando que una infinidad de lianas y plantas trepadoras abrazasen amorosamente sus troncos; flores hermosísimas embalsamaban el ambiente con sus aromas; aves de brillante plumaje, cotorras, papagayos, oropéndolas, chingolos y monjitas, cantando y chillando sin cesar, se perseguian de rama en rama; mariposas de largas alas, pintadas con los más vivos colores, revoloteaban de flor en flor, y una infinidad de colibríes, vicicilines y otros pájaro-moscas, tan pequeños como abejas, brillaban al sol como piedras preciosas, balanceándose sobre el entreabierto cáliz de las flores. Grullas atigradas, llamadas así á causa de que su

plumaje tiene los colores y las manchas del jaguar; varias especies de ibis, flamencos de color de rosa, ciganos y martin-pescadores aparecian entre la maleza ó sobre las ramas de los árboles, y en menos de media hora, casi sin moverse de un sitio, el capitán pudo matar una porcion de aves de todas especies, que fueron entregadas al cocinero, á excepcion de una grulla atigrada, que se destinaba á formar parte de la coleccion, y de un cigano, cuya carne es tan amarga que ni los indios quieren comerla.

De pronto Cármen dió un grito de alegría, y señalando una gigantesca palmera que se elevaba en la opuesta márgen del rio, exclamó:

—¡Un *moriche!* ¡un *moriche!*

Paco recordó al momento una especie de sidra que habia bebido en Buenos-Aires y exclamó:

—¡Hola! ¡tendremos postres americanos!

Las dos jóvenes sonrieron, recordando la anterior aventura, y Aurora dijo:

—Yo creia que habiais perdido la aficion á las frutas de mi tierra.

Paco no contestó á aquella broma, y viendo que el rio era muy estrecho y menos profundo, preguntó:

—¿Quereis pasar á la otra márgen?

—Sí,—contestaron las jóvenes.

El marino cogió en sus brazos á Cármen, Mingo hizo lo propio con Aurora, y en dos saltos atravesaron el rio.

El *moriche* es uno de los árboles más hermosos de la familia de las palmeras, se encuentran algunos en varias regiones de la República Argentina, Chile, Bolivia y el Paraguay, pero aislados y en escaso número, siendo por el

contrario abundantísimos en las comarcas intertropicales de América, especialmente en las orillas del Orinoco y del Amazonas, donde forman frecuentemente bosques de muchas millas de extensión. Su tronco alcanza una altura de 30 á 31 metros, y sus hojas se extienden en forma de abanico en la extremidad de un largo tallo, grueso de medio metro en su base, y que se prolonga como una viga de diez ó doce piés de largo: el abanico que sostiene aquel enorme peciolo tiene tres metros de diámetro, y una sola de las hojas que lo forman constituye la carga de un hombre.

Es un árbol tan útil como hermoso, y los indios del Brasil aprovechan para varios usos todas sus partes. Los peciolos de sus hojas, muy ligeros cuando están secos, se cortan en tablas de tres ó cuatro centímetros de grueso, que sirven para hacer ventanas, cajas y otros objetos; con la corteza se fabrican cestas y jaulas, sus grandes hojas se aprovechan para formar el techo de las cabañas, y en el tronco ahuecan los indios las ligeras canoas de que se valen para la pesca. Durante las inundaciones que en diversas épocas cubren ciertas comarcas de la América ecuatorial, el moriche ofrece también á los indios guaraníes un asilo y una habitación, pues en sus copas establecen pequeñas chozas con sus techos y hasta con sus hogares, y valiéndose de sus canoas, pueden ir de un árbol á otro y dedicarse á la pesca y á la caza, que les suministra su principal alimento.

Los frutos del moriche son muy parecidos al melocoton; tienen la cáscara encarnada y la pulpa amarilla, y su sabor es dulce y agradable: de ellos hacen los in-



dios una sidra muy apreciada por sus buenas cualidades.

Francisco recibió de su capitán la orden de subir al árbol y cojer sus frutos. El ágil marinero empezó aquella difícil y peligrosa ascension, imposible para quien no estuviese habituado á trepar por un mastelero de juanete en una noche de temporal deshecho, y no sin trabajo pudo alcanzar la copa del árbol, sosteniéndose con una mano agarrada á uno de sus peciolos, mientras que con la otra despojaba al moriche de sus sabrosos frutos.

El descenso era imposible, ó por lo menos extremadamente peligroso, á causa de la lisura del tronco: sin embargo, Francisco, hincando las uñas en la corteza, haciendo equilibrios prodigiosos, pudo llegar á tierra, si bien jadeante y cubierto de sudor, y pareció que Mingo le felicitaba con la mirada por su sorprendente agilidad.

En seguida volvieron al campamento con los productos de su recoleccion, y encontraron al doctor y á Sir Ricardo ocupados, el primero en desollar su grulla atigrada, y el segundo en copiar cuidadosamente en su cartera aquel encantador paisaje.

Al anochecer Tom sirvió la cena, y despues de una alegre velada, en que se habló de todo, especialmente de las comarcas que acababan de recorrer y de las montañas que se iban á visitar, los viajeros se entregaron al descanso bajo la custodia de Meli-Antú, que habia quedado de centinela.

La noche pasó sin otra novedad que escuchar alguna que otra vez el aterrador rugido del jaguar oculto en la maleza, y á las cinco de la mañana, despues de almorzar opíparamente, la caravana se puso en marcha.

El doctor esperaba reconocer en el mismo día las fuentes del Mendoza y la alegría no le cabía en el cuerpo: hablaba como un descosido, y como hablaba bien, mantenía constantemente la sonrisa en los labios de su auditorio.

—Temo,—decía Paco,—que las fuentes del Mendoza vuelvan loco á nuestro sábio amigo: lleva á tal punto su amor por la ciencia...

Paco no pudo concluir: el doctor, que se había adelantado un poco, lanzaba gritos de alegría, que hicieron apretar el paso á sus compañeros.

Habían llegado al punto en que el río, lamiendo la base del cerro indicado la tarde anterior por Francisco, aparecía por una estrechísima garganta, estrujada entre dos altísimas moles de piedra, extendiéndose luego por la llanura.

—Creo que hemos llegado,—dijo Cármen.

—Aún no,—contestó el doctor;—pero estamos muy cerca.

Y echando pié á tierra, añadió:

—Apeaos, amigos míos, y seguidme; necesito testigos.

Las jóvenes bajaron de su galera; Paco, el inglés y los dos indios descabalaron, y el doctor, seguido de sus compañeros, se aventuró por la estrecha garganta, metiendo algunas veces los piés en el agua.

Aurora se apoyaba en su brazo y Cármen en el de Paco: unos y otros sentían cierta satisfacción interior, muy natural en semejantes circunstancias, y á decir verdad, no eran las jóvenes las que menos orgullosas se mostraban por aquel importante descubrimiento.

Doscientos pasos habrian andado cuando Aurora y el doctor, que marchaban delante, se detuvieron, y el primero dijo con acento solemne:

—¡Hé aquí el nacimiento del rio Mendoza!

Cármen y Paco se aproximaron, y el inglés se lanzó en medio del arroyo, gritando con un entusiasmo imposible de expresar:

—¡Hurrah!

Hallábanse á la entrada de una hondonada, circuida de peladas rocas inaccesibles, de forma elíptica, y que podria tener unos cien metros de largo por sesenta de ancho. En su fondo se veia un lago bastante profundo, que dejaba escapar sus aguas por la garganta, y de las rocas circunstantes se despeñaban como hilos de plata delgados arroyuelos, producidos por la licuacion de las nieves.

Aquel era el origen del gran rio de las Pampas.

Despues de algunos momentos de contemplacion, los viajeros volvieron á las galeras, decidiendo hacer alto y pasar el dia en aquel sitio, y el doctor, sacando su tintero de viaje y una hoja de papel, redactó el siguiente documento, que firmaron todos sus compañeros:

«El 27 de Octubre de 1868, los que suscriben, despues de un viaje al través de las Pampas Argentinas, han encontrado el origen del rio Mendoza ó Colorado, en la falda oriental de los Andes, á los 34° 46' de latitud Sur. Y para que conste, firman el presente documento, cuya copia queda en su poder. Laguna del Mendoza 27 de Octubre de 1868.—Aurora Perez de Urquiza.—Cármen Perez de Urquiza.—Dr. Antonio Martin Bez.—Ricardo Gladstone.—Francisco Arias.»

En seguida el doctor sacó una copia, que guardó en su cartera, y el documento original, metido en una caja de hoja de lata que habia tenido conservas, fué depositado bajo una gran pirámide de piedras en el punto donde empezaba la corriente del río.

Poco despues los viajeros se sentaban á comer, protegidos por las frescas sombras de los árboles, y los ecos de sus brindis entusiastas retumbaban en las estrechas gargantas y en los elevados cerros de la cordillera andina.

## CAPÍTULO II.

### Una proposición aprobada por unanimidad.

La comida fué magnífica por todos conceptos: el negro Tom hizo prodigios, y los manjares indígenas, unidos á los de Europa, constituyeron un verdadero banquete. El gran acontecimiento del día, el descubrimiento de las fuentes del Mendoza, fué celebrado con entusiastas brindis, y los viajeros demostraron su alegría saboreando el riquísimo Jerez y el apetitoso Málaga. El doctor, sobre todo, era digno de verse: el júbilo no le cabía en el cuerpo; hablaba como un descosido; invocaba á las hadas del lago y á las ninfas de la corriente, y por fin improvisó un discurso elocuentísimo en honor de las ciencias geográficas, con gran extrañeza de los dos indios, que, siempre graves y lacónicos, no comprendían que pudiesen salir tantas palabras de una sola boca.

Sin embargo, como todo en este mundo tiene fin, el

discurso del geógrafo tambien lo tuvo, y Sir Ricardo aprovechó este momento para decir:

—Amigo mio, dejemos ahora á un lado el entusiasmo y vengamos á nuestra situacion, pues creo que no contareis con permanecer aquí toda vuestra vida.

—Os aseguro que no tendria inconveniente,—contestó el doctor;—este lugar es encantador y su fertilidad le hace el más á propósito para fundar en él una colonia patriarcal. Me haria una magnífica cabaña de ramas, labraria la tierra, tendria ganados...

—Todo eso es muy bonito,—replicó el inglés;—pero me permitireis recordaros que no somos *squatters*, sino viajeros, y que, por consecuencia, una vez cumplida nuestra mision en estas comarcas, debemos continuar nuestra expedicion. La cordillera más importante del globo se alza ante nuestros ojos; tras ella existen tierras cuyos caracteres debemos estudiar...

—Y los estudiaremos,—interrumpió el doctor;—afortunadamente los Andes, si bien muy ásperos, no son inaccesibles, y podemos atravesarlos por el desfiladero de Uspallata, si nos dirigimos hácia el Norte, ó por el paso de Arica, si nos encaminamos al Sur: ¿cuál de ellos elegís?

—Ni uno ni otro,—contestó Aurora.

—¿Cómo?

La jóven hizo un ademan pidiendo atencion, y dijo:

—Escuchadme un momento: hasta ahora todo lo relativo á nuestro viaje, itinerario, modificaciones introducidas en él, preparativos y demás, ha partido de vuestra iniciativa, y á decir verdad, el bello sexo no está muy satisfecho de vosotros. Nuestro viaje ha sido monótono

hasta el fastidio; no hemos encontrado obstáculos, no se nos han presentado aventuras, y de seguir así, vale más que volvamos á Europa y hagamos nuestras expediciones por medio de los ferro-carriles. Habeis olvidado que este no es un viaje de recreo, y debemos recordároslo: el bello sexo va, pues, á presentar una proposicion.

—Soy todo oidos,—dijo el doctor.

—Vamos á atravesar,—continuó Aurora,—esa gran cordillera, que podemos llamar la espina dorsal del continente americano; para efectuar el paso nos proponéis el de Arica ó el de Uspallata, es decir, dos pasos muy conocidos, muy frecuentados, y sobre todo, bastante fáciles. Ni Carmen ni yo aceptamos eso, y para vuestra vergüenza y la de todo el sexo barbudo, proponemos pasar los Andes por donde nadie, antes que nosotros, los haya pasado.

—¡Bravo!—exclamó Paco.

—¡Magnífico!—dijo el inglés.

—En ese caso, querida mia,—repuso el doctor,—y puesto que mis compañeros, segun colijo de sus exclamaciones, aprueban vuestra idea, estais en el deber de indicar el punto por donde debemos efectuar nuestra ascension á esos Andes que tanto interés os inspiran. Despues, si me concedéis ese derecho, presentaré algunas objeciones...

—Tendré mucho gusto en contestarlas. Por de pronto, nosotras deseamos reconocer el portillo y el volcan de Peuquenes, distantes de aquí ocho leguas al Norte.

—Tened en cuenta que el volcan de Peuquenes no reúne las condiciones que antes establecisteis, puesto que ha sido ya visitado...

—Por dos célebres viajeros, mas no por gentes vulgares, como los pasos de Arica y Uspallata, frecuentadísimo por todos los que comercian entre Chile y las tierras Argentinas.

—Es verdad,—dijo el doctor;—pero debo tambien haceros observar que ese volcan ocupa la cima de una montaña elevadísima é inaccesible de todo punto; que, precisamente por efecto de su elevacion, esta montaña está en su mayor parte perpétuamente cubierta de nieve...

—Hé ahí una circunstancia que yo habia olvidado y que aviva más y más mi deseo de hacer esa ascension; continuad, doctor, vuestras objeciones.

—Si todas producen el efecto de esa...—dijo Paco.

—Continúo,—repuso el doctor,—y para abreviar, presentaré de una vez y en pocas palabras las observaciones que tengo que hacer á lo propuesto por nuestras valientes compañeras. Si despues de esto, insisten en su idea, callaré y las seguiré á donde quieran guiarnos. En primer lugar, no creo que en esa parte de las cordilleras, que es precisamente la más áspera y escarpada, exista una senda por donde puedan caminar nuestras galeras, y aun no me atreveré á asegurar que el paso sea posible para mulas. El portillo de Peuquenes es un lugar apenas visitado, pues los indios pastores conducen sus rebaños por senderos situados mucho más al Sur, y su paso presenta dificultades y obstáculos que nosotros, á fuerza de paciencia y de energía, podremos salvar, pero que son superiores á la delicada naturaleza de nuestras compañeras. Tenemos que efectuar la ascencion á pié, cruzando profundas gargantas, trepando por peñascos cortados á pico,



aventurándonos en los ventisqueros, alcanzando la region de las nieves perpétuas, exponiéndonos á mil peligros....

—Doctor,—exclamó Cármen,—teneis la desgracia de que vuestras observaciones producen resultados enteramente contrarios á los que os proponéis. La pintura que estais haciendo de esa parte de las cordilleras excita más y más, como ha dicho mi hermana, nuestro deseo de visitarla. Precisamente estamos cansadas de las galeras y aun de las mulas, y queremos andar, andar mucho y por sitios muy escabrosos: hace cerca de un mes que estamos cruzando llanuras tras llanuras, praderas tras praderas, y fuerza es que la decoracion cambie. Hablais de peñascos inaccesibles, de picos escabrosos, de cañadas profundas, de precipicios y de torrentes, y eso es lo que nosotras buscamos. Subiremos á pié, dormiremos sobre la nieve, y á pesar de nuestra naturaleza delicada, ¿no es así como habeis dicho? cuando vos os sintais rendido y no podais dar un paso, Aurora y Cármen aun estarán en pié. Despues de esto, os desafío á que hagais más observaciones.

—¿Qué decís á eso, mi sábio amigo?—preguntó el inglés.

—¡Qué he de decir! ¡Que las mujeres cuando no se mueren de miedo, dejan tamañito al hombre de más valor! ¡Quieren pasar el portillo de Peuquenes! Pues lo pasarán y punto concluido.

—¿A pié?—dijo Cármen.

—A pié,—contestó el sábio;—pero eso no impedirá que llevemos con nosotros algunos efectos verdaderamente necesarios, como la tienda, una ó dos colchonetas, las man-

tas y bastantes víveres. Por escabroso que sea el terreno, no creo que sea imposible para dos de nuestras mejores mulas, y en caso de que nos encontremos cortados, con volver atrás y buscar otra senda saldremos del paso.

—¿Queda, pues, resuelto que pasaremos el portillo de Peuquenes?—preguntó Aurora.

Una afirmacion unánime contestó á la pregunta de la jóven.

—Pues bien,—repuso ésta,—el doctor queda encargado de organizar convenientemente la expedicion, á fin de que se haga en las mejores condiciones posibles.

—¡Oh! Lo que hay que hacer es bien poco; solo me apura una dificultad, que no sé cómo salvar.

—Veamos,—dijo el inglés.

—Nuestras mulas no tienen aparejos para carga, y, francamente, ignoro que por aquí cerca nos podamos hacer con ellos.

—Tal vez sí; consultemos á nuestros guias.

Los dos indios fueron llamados y el doctor les puso al corriente de la situacion.

Meli-Antú contestó en seguida que en uno de los valles de la parte Norte del Mendoza existia una toldería de indios pastores y que allí encontrarían los viajeros lo que buscaban.

—¿Cuánto dista esa toldería?—preguntó Aurora.

—Unas seis leguas.

—Tenemos que pasar por ella,—observó el doctor,—puesto que hemos de ir á buscar más allá la vertiente del Peuquenes.

—Hé ahí zanjada esa dificultad,—dijo Cármen;—¿no os ocurre alguna otra, doctor imposibles?

—No, querida.

—Más vale así: creí que vuestras observaciones iban á ser eternas.

La conversacion continuó animada y alegre durante media hora, al cabo de la cual la cortó bruscamente un grito de alarma lanzado por Mingo.

—¡Atencion! ¡el caiman!—gritaba el patagon.

Todos se pusieron en pié; las jóvenes se refugiaron en la galera, y los viajeros, cogiendo sus armas, corrieron á donde estaba Mingo.

El baqueano extendió el brazo señalando el rio, y nuestros amigos pudieron ver un magnífico caiman de más de dos metros de largo, que salia lentamente del agua, arrastrándose entre la maleza que orlaba las orillas.

El doctor sintió hervir en sus venas la sangre del naturalista y le entraron vivísimos deseos de apoderarse del saurio. Pero ¿cómo matarle? La coraza escamosa que le protege es invulnerable á las balas, y sólo el ojo brillante del reptil puede servir de blanco, bien pequeño por cierto, al tiro del cazador. El jóven sábio no era ciertamente un tirador vulgar; pero para meter una bala por un ojo de un caimán es necesario ser un tirador modelo, uno de esos tiradores que parecen conducir el proyectil con la seguridad de su mirada.

Afortunadamente, al lado del doctor estaba un hombre que en su vida habia errado un tiro: era Paco.

—¡Pronto! ¡pronto!—murmuró el sábio, apretando un

brazo de su amigo;—si nos vé se echará al agua y le perderemos: tiradle, amigo mio.

Paco esperó que la cabeza del caiman asomase entre las espadañas: se fijó en el ojo, disparó, y el terrible saurio, haciendo vibrar su escamosa cola, se retorció en las convulsiones de la agonía.

Al fin quedó inmóvil y los viajeros pudieron aproximarse á él.

—Dos metros veinticinco centímetros,—dijo el doctor despues de medirle;—no es muy grande.

—Le sobran, sin embargo, cuatro quintas partes,—repuso Paco.

El sábio miró á su amigo como si le escandalizase aquella blasfemia científica; luego se encogió de hombros con cierto airé de lástima, y cogiendo al caimán de la cola, lo arrastró hasta el campamento.

—Vamos á quitarle el gaban, dijo:

Y sentándose en el suelo, sacó un afilado cuchillo y se puso á desollar el saurio con todo el cuidado que requería tan delicada operacion.

Las viajeras, viendo que ya no habia peligro alguno, abandonaron su fortaleza y se acercaron al sábio.

—¡Qué animal tan feo!—exclamó Cármen.

—Pues, sin embargo,—replicó el doctor,—es uno de los más interesantes entre los infinitos que pueblan los rios americanos. Su voracidad es insaciable; los cabiales, los pacas y los agutis viven por su causa en un continuo estado de alarma, y en estas regiones muchas personas son víctimas de sus ataques.

Los viajeros se sentaron alrededor del naturalista, y



## OBRAS CONCLUIDAS

ILUSTRADAS CON LÁMINAS

### A LAS CUALES SE ADMITE SUSCRICION.

- EL CONDE DUQUE DE OLIVARES.—(Memorias del tiempo de Felipe IV.) Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LAS GENTES DE BUENA FÉ.—(Memorias de cuatro pillos.) Novela de costumbres por Don Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- EL PASTELERO DE MADRIGAL.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- GABRIELA.—(Historia de una pobre mujer.) Novela de costumbres por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: dos tomos en 4.º
- DOÑA SANCHA DE NAVARRA.—Novela histórica por D. Manuel Fernandez y Gonzalez: un tomo en 4.º
- LOS MISTERIOS DE PARÍS.—Por Mr. Eugenio Sue: dos tomos en 4.º
- MARGARITA DE BORGÑA.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LA TORRE DE LOS CRIMENES.—Novela histórica por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- LAS DOS REINAS.—Novela histórica por D. Ramon Ortega y Frias: dos tomos en 4.º
- EL DOS DE MAYO Ó LOS FRANCESES EN MADRID.—Novela histórica por D. M. Vazquez Taboada: un tomo en 4.º
- LA MODISTA DE MADRID.—Novela de costumbres por D. Ramon R. Luna: dos tomos en 4.º
- EL MANDO DESCONOCIDO.—Exploracion del Africa central, sus montañas, sus cavernas y sus habitantes. Aventuras del capitán Mister Greed entre las fieras y los habitantes de la Nigricia. Las islas sagradas. Maravillas y peligro de los bosques Virgenes, etc., etc. tres tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA.—Desde 1779 á 1814, escrita por Mr. Mignet y enriquecida con notas y documentos interesantes de Mr. Thiers y otros historiadores: dos tomos en 4.º
- HISTORIA DE LA INSURRECCION Y GUERRA DE LA ISLA DE CUBA.—Escrita por D. E. Llofriu y Sagrera, lujosa edicion con multitud de retratos, escenas, vistas, batallas etc. cuatro tomos en folio.
- INSURRECCION FEDERAL EN 1873.—Sus causas y sus consecuencias, sus misterios políticos y sociales, sus hombres, sus dramas y sus horrores con todos los detalles. Narracion imparcial escrita para todos los partidos, por D. R. Ortega y Frias y D. E. Llofriu y Sagrera: dos tomos en 4.º
- MEMORIAS DE UN MÉDICO.—Novela histórica por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- EL COLLAR DE LA REINA.—Segunda parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- ANGEL PITOÜ.—Tercera parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º
- LA CONDESA DE CHARNY.—Cuarta y última parte de Memorias de un Médico por Mr. A. Dumas: dos tomos en 4.º